

DIA III.

MARTIROLOGIO.

SAN CÁNDIDO, mártir, en Roma, junto á la puerta mayor. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES DIONISIO, FAUSTO, CAYO, PEDRO, PABLO Y OTROS CUATRO, los cuales habiendo padecido muchos trabajos en el imperio de Decio, y habiendo sido despues largamente atormentados por orden de Emiliiano presidente, merecieron la palma del martirio en tiempo de Valeriano.

LOS DOS SANTOS EWALDOS, mártires, en la antigua Sajonia; los cuales siendo presbiteros, y predicando allí la fe católica, fueron presos por los paganos, quienes los mataron: una gran luz que apareció por muchas noches consecutivas dió á conocer el lugar donde estaban los cuerpos de estos Santos, y de cuanto mérito fuese para con Dios su martirio. (El rey Pepino los mandó trasladar á Colonia, donde se conservan.)

SAN MAXIMIANO, obispo de Bagaya en Africa; el cual fué dos veces atormentado por los donatistas; finalmente habiéndole precipitado de una torre muy alta, le dejaron por muerto; sin embargo sobrevivió algun tiempo, y esclarecido por su gloriosa confesion, murió en el Señor.

SAN ESQUIO, confesor, en Palestina, discipulo de S. Hilarion y su compañero en las peregrinaciones.

SAN GERARDO, abad, en Flandes en la diócesis de Namur. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN GERARDO, ABAD DE BROÑA.

SAN Gerardo, hijo de Stancio, pariente muy cercano de Hagonon, duque de la Austrasia inferior, y de Plectrudis, hermana de Estéban, obispo de Lieja, nació al mundo hácia el fin del noveno siglo. Conocióse bien desde la cuna que le habia prevenido el cielo con sus mas dulces bendiciones; porque su bello natural, su inclinacion á la virtud, su modestia y su docilidad fueron presagio de la eminente santidad á que con el tiempo habia de llegar. Diósele una educacion correspondiente á los niños de su esfera; pero su virtud fué siempre muy superior á la edad. Nunca se desmintió ni en los estudios ni en los demás ejercicios de su vida. Evitó siempre con el mayor cuidado todo lo que podia manchar aquella su virginal pureza, que se conservó tan limpia entre los peligros de la corte, como entre las defensas del claustro. Contenia su modestia aun á los mas disolutos; y



S. GERARDO, ABAD.

cualquiera palabra libre llenaba su modesto semblante de empacho y de rubor.

Hiciéronle sus padres seguir desde muy jóven la carrera de las armas, que parecia la vocacion ordinaria de los mozos de su esfera. Reputábase entonces la corte de Berenguer, conde de Flandes, por la mas brillante de toda la Europa; y fué enviado á ella Gerardo para aleccionarse en esta escuela. Tardó poco en distinguirse en ella por todas las bellas prendas que le adornaban; por aquel espíritu vivo, afable, brillante y naturalmente cortesano; pero singularmente por su prudencia y estraordinaria cordura. No se habia visto en mucho tiempo caballero mozo mas cabal ni mas cristiano. La corte, ordinario escollo de la inocencia, solo sirvió para dar nuevo realce á la suya. No omitió alguno de sus santos ejercicios, y de tal manera supo unir las preeminencias de su nacimiento con las obligaciones de su religion, que sus virtuosos urbanísimos modales honraban su devocion, y su devocion aumentaba mucho esplendor á su ilustre nacimiento.

Portóse Gerardo con tanta prudencia en la corte de Namur, que el conde le introdujo en todos sus consejos, y le entregó toda su confianza. Al volver un dia de caza encontró á tres leguas de Namur, en un sitio llamado Broña, una capillita que Pipino habia mandado edificar. Entró en ella á hacer oracion, y fatigado de lo mucho que habia corrido, se quedó dormido, y tuvo un sueño en que le pareció veia al apóstol S. Pedro, que le mandaba erigiese en aquel mismo sitio una iglesia, y la enriqueciese con las reliquias de su discípulo S. Eugenio mártir. Despertó, y le dió mucho en que discurrir el misterioso sueño, porque ni jamás habia oido nombrar á S. Eugenio, ni mucho menos sabia donde paraban sus reliquias. Sin embargo, como aquel terreno era suyo, edificó en él una magnífica iglesia, y fundó algunas capellanias para que fuese mejor servida.

Por este tiempo se le ofreció al conde de Namur cierto negocio de grande importancia, que se habia de tratar con el principe Roberto, y para manejarle envió á Gerardo á la corte de Francia. Luego que llegó á París, dejando allí á sus criados, se fué solo al monasterio de S. Dionisio para lograr en él algunos dias de retiro. Asistiendo un dia á los divinos oficios que cantaban los monges, observó que entre los patronos del monasterio hacian conmemoracion de S. Eugenio mártir, y esta casualidad le trajo á la memoria el sueño que habia tenido en su iglesia de Broña. Informóse de los mismos monges quién era aquel S. Eu-

genio; y diciéndole que habia sido un discípulo de S. Pedro que tuvo la dicha de derramar su sangre por la fe de Jesucristo, y que su cuerpo se veneraba en aquel monasterio, refirió á algunos religiosos lo que le habia sucedido y lo que habia soñado, manifestando vivos deseos de lograr aquella reliquia para enriquecer con ella su iglesia de Broña: pero los monges le dieron á entender que no estaban en humor de hacerle semejante regalo, y que nunca se privaria el monasterio de tan inestimable tesoro. Como nada pudo conseguir, se restituyó á París, y terminada su negociacion con el príncipe Roberto, se retiró á dar cuenta de ella á Berenguer sin perder las esperanzas de lograr algun dia la deseada reliquia.

Mientras estuvo retirado en el monasterio de S. Dionisio, le hizo tanta impresion el sosiego y la felicidad de la vida religiosa, y quedó tan edificado de lo que habia visto practicar á los monges, que salió con deseos de dejar el mundo y de volverse al mismo monasterio para pasar en él el resto de sus dias. Aunque el estado en que se hallaba era tan tentador; aunque las esperanzas que le prometian su nacimiento, sus raras prendas y su valimiento en la corte eran tan lisonjeras; el vacío de los bienes aparentes, la brevedad de la vida y el pensamiento de la eternidad avivaban cada dia mas sus deseos del retiro, aumentando el tedio que le causaban todas las cosas del mundo. Siendo tan estrecha la amistad que el conde y él profesaban, le pareció no debía ocultarle sus intentos, y así se abrió con él, declarándole que no habiendo en el mundo negocio que le interesase tanto como el de su salvacion, estaba resuelto á volver las espaldas á aquél, para dedicar toda su atencion á éste. Movido, y aun pasado el conde de Namur al oír tan santa y tan generosa resolucion, solo le respondió con sus lágrimas; y como era un príncipe muy piadoso, no se quiso oponer á la voluntad del Señor y á una vocacion tan señalada. Obtenida, pues, su licencia, fué Gerardo á despedirse de su tio el obispo de Lieja, y despues partió á S. Dionisio. Ya se deja discurrir el gozo de aquella célebre comunidad cuando recibió en su gremio á un sugeto tan ilustre. Tomó Gerardo la cogulla de S. Benito, y fué toda su aplicacion perfeccionarse en la profesion de la vida monástica. Muy desde luego se distinguió tanto en el monasterio como se habia distinguido en la corte. Apenas contaba dos meses de novicio, y ya le proponian á los demás religiosos como un perfecto modelo. A vista de su humildad, de su modestia, de su puntual observancia, de su mortificacion y de su virtud, parecia haber revivido en él los Mauros y los Plácidos. Despues de su profesion aprendió á

leer, y andaba con la cartilla en la mano como si fuera un niño de cinco años; pero adelantó tanto en poco tiempo, que los superiores le obligaron á recibir los órdenes menores, aunque costó largo combate para vencer su humildad. Tambien le pudieron rendir á recibir el diaconato; pero fué preciso condescender con él, dándole cinco años de término para disponerse á ordenarse de sacerdote.

Recibió su virtud nuevo esplendor con el ministerio del altar. Ocupado su corazon con una magnífica idea del sacerdocio de Jesucristo, desempeñó esta sublime dignidad con una inocencia y con una pureza de vida que se acercaba mucho á la de los ángeles. Impúsose á sí mismo la ley de celebrar todos los dias el santo sacrificio de la misa, y cada vez lo hacia con nuevo fervor, manifestando la devocion y el tierno amor que profesaba á Jesucristo en las lágrimas que derramaba, sin secarse nunca el copioso manantial.

Pero mientras tanto no se le apartaba de la memoria la vision que habia tenido en la capilla de Broña, ni se habia estinguido en su corazon el deseo de enriquecerla con el cuerpo de S. Eugenio. Hizo la proposicion al capítulo, y refirió á presencia de todos los monges cuanto le habia sucedido, sin omitir lo que el Apóstol le habia mandado en aquel sueño. Habló con tanta elocuencia, con tanta eficacia y con tanta mocion, que todos los monges, como por otra parte le estimaban y le veneraban tanto, condescendieron con sus ansiosos deseos.

Habiendo, en fin, conseguido el Santo lo que habia ansiosamente deseado por tan largo tiempo, se restituyó á su país cargado de aquellos santos preciosísimos despojos, y colocó el cuerpo del santo mártir en su iglesia de Broña, con otras muchas reliquias que tambien le habian regalado en S. Dionisio, cuya traslacion se hizo con grande solemnidad el dia 18 de agosto de 930; y la multitud de milagros que obró despues el Señor atrajo la devocion y el concurso de los fieles. Con este concurso se escitó la emulacion ó los zelos de los curas del contorno, y se incomodó la ociosa haraganería de los capellanes que el Santo habia dejado para el servicio de la iglesia. Fueron tantas las quejas que llegaron al obispo de Lieja contra aquella nueva devocion, que determinó abolirla; pero inmediatamente cayó en una grave y peligrosa enfermedad, y reconociendo su falta, cobró la salud por intercesion de S. Eugenio. Mal edificado S. Gerardo de la indevocion de sus capellanes, los despidió, y en su lugar llamó á los monges de S. Benito, siendo este el principio del célebre monasterio de Broña.

A pesar de la repugnancia que tenia el Santo á todo género de superioridad se vió precisado á encargarse del gobierno del nuevo monasterio. Entabló en él la regla y la disciplina de S. Benito en toda su pureza; pero como le interrumpiese demasiado su recogimiento el mucho concurso de la gente, y no pudiese conseguir del obispo de Lieja que le admitiese la dimision de su empleo, hizo fabricar una celda separada, donde vivia como recluso, para conversar mas á su salvo con Dios en perfecta soledad. Eran para él como precursoras de las delicias del cielo las dulzuras que gozaba en la quietud de su contemplacion; pero llamábale á vida mas activa la divina Providencia.

Habia en Hainaut cierta comunidad de canónigos reglares con el título de S. Guislein, que se habia relajado un poco con el discurso del tiempo. Determinó reformatarla el obispo de Cambray á solicitud de Gisleberto, duque de Lorena; y le pareció no podia encontrar sugeto mas á propósito para el intento que nuestro S. Gerardo. Pero no era fácil reducirle á que dejase el sosiego y el retiro de su celda. Alegó el Santo razones, y se valió de ruegos y de lágrimas para que se le escusase aquella nueva carga; mas le fué preciso obedecer, y ni aun se le permitió que mientras tanto se le aliviase del gobierno de su monasterio de Broña, encargándosele á otro interinamente: tan persuadidos estaban todos á que bastaba su nombre solo para mantener la reforma en todo su vigor. Llegando á Ursidung (así se llamaba el sitio donde estaba el convento de S. Guislein) dió principio despidiendo á los canónigos, y llamando á él á algunos de sus monges. Luego comenzó á florecer en él la disciplina monástica; y el espíritu de S. Benito, que tenia tan embebido en sí el santo reformador, resplandeció inmediatamente con tanto fervor en Ursidung como en Broña. Introdujo en él, mas con sus ejemplos que con sus exhortaciones, una observancia ejemplar, una mortificacion sin limites, y el espíritu de la mas estrecha pobreza; de manera, que el monasterio de S. Guislein comenzó á ser la admiracion de toda Flandes, y echó Dios tan descubiertamente la bendicion á sus trabajos, que la mayor parte de los obispos y de los príncipes vecinos le desearon para reformar los monasterios de su jurisdiccion, que habian decaido de la observancia regular. Vióse en precision de sacrificar á las funciones de la caridad su inclinacion al retiro, no permitiéndole su zelo negarse á las necesidades espirituales de muchas comunidades, que verdaderamente estaban necesitadas de reforma. Entonces se palpó con admiracion lo mucho que puede la virtud cuando está animada de un zelo legítimo y verdadero. Tomó S. Gerardo sobre sí el

gobierno de todos los monasterios de Flandes á instancias del conde Arnol, llamado el Grande, á quien habia curado milagrosamente del mal de piedra, moviéndole tambien á hacer vida penitente el resto de sus dias.

Así por el número de los monasterios que habian decaido de su primitivo espíritu, como por la calidad de los monges, que era preciso reformar, se representaba empresa punto menos que imposible. Sin embargo, nuestro Santo la llevó al cabo con la mayor felicidad. En menos de veinte años entabló la reforma en diez y ocho monasterios, viéndose reflorcer el fervor y la mas exacta disciplina en los monasterios de S. Pedro el Grande, de Bavon, de S. Martin de Tornay, de Marchienas, de Hasnon, de Rhonay, de S. Wast en Arras, de Turhout, de Wormboul, de S. Riquier, de S. Bertin, de S. Silvin, de S. Samer, de san Amand, de S. Amado de Duay y de Sta. Berta.

Y si es verdad que es negocio mas arduo reformar un monasterio que fundarle, ¡qué sudores, qué disgustos, qué desabrimientos, qué fatigas y qué trabajos no le costaria una reforma tan general! Verdaderamente causa admiracion que un hombre solo fuese bastante para recoger tan abundante mies. No fueron solos estos diez y ocho monasterios (los cuales todos veneran á S. Gerardo como á su abad) los que se aprovecharon de sus gloriosas fatigas; clamaron por el santo reformador la Lorena, la Champaña y la Picardía, adonde acudió prontamente S. Gerardo, é introdujo tan breve y tan felizmente la reforma, que los monasterios de Mauson, Thin, Muatiers y S. Remigio de Reims le reconocen como restaurador de la religion de S. Benito, y le veneran como á su segundó patriarca.

Aunque tantos y tan penosos trabajos, añadidos á sus rigurosas penitencias, habian quebrantado mucho su salud y debilitado extraordinariamente sus fuerzas, emprendió el viaje á Roma no obstante su avanzada edad, para solicitar que el papa confirmase todas sus reformas; y á la vuelta visitó todos los monasterios que estaban á su direccion. Hizo despues dimision de esta, y se fué á encerrar en su celdilla de Broña, entregándose entera y únicamente al pensamiento de la eternidad. Era su oracion una continua contemplacion, y en las íntimas y dulces comunicaciones que tenia con su Dios se disponia aquella grande alma por el ejercicio de un purísimo amor para ir á recibir en el cielo la debida recompensa. Toda la vida habia profesado una tierna devocion á la santísima Virgen, delante de cuya imagen, y á presencia de Jesucristo en el sacramento del altar, pasaba en oracion noches enteras. Colmado, en fin, de merecimientos y lleno

de días, terminó tan santa y tan dilatada carrera con la muerte de los justos el mismo día 3 de octubre del año 959 en que la Iglesia celebra su memoria. Creció su culto con los muchos y portentosos milagros que se obraron en su sepulcro despues de los que habia hecho en vida; y su santo cuerpo fué elevado de la tierra el año de 1131, tomando despues el nombre de S. Gerardo la iglesia de Broña, y venerándole por su tutelar.

Nota del traductor.

«Abstíenese el P. Croisset con aquel gran tiento y con aquella juiciosa critica que acostumbra, no solo de decir, pero ni aun de dar á entender remotamente que el cuerpo de S. Eugenio mártir, trasladado en el décimo siglo del monasterio de S. Dionisio al de Broña, fuese el de S. Eugenio, arzobispo ú obispo de Toledo, que padeció martirio en Diolo, de la comarca de París; pero da por hecho constante que el monasterio de S. Dionisio regaló á S. Gerardo con todo el cuerpo de S. Eugenio mártir. Surio no dice que se diese al santo abad todo el cuerpo, sino una insigne reliquia de él; pero supone como cosa indubitante, que esta reliquia era de S. Eugenio mártir y obispo de Toledo, cuya opinion adopta el P. Rivadeneyra en la vida del mismo Santo el día 13 de noviembre. Sabemos todos que en el siglo XII, estando en España Luis VII, rey de Francia, su suegro Alfonso, asimismo VII, rey de Castilla y de Leon, que se llamó emperador, le pidió el cuerpo de S. Eugenio, arzobispo de Toledo, que se veneraba en el monasterio de S. Dionisio de París, donde algunos años antes Raymundo, arzobispo de Toledo, habia leído esta inscripcion: *Aquí yace S. Eugenio mártir, primer arzobispo de Toledo.* Ofreciósele el rey; pero por las dificultades y por las oposiciones que encontró en los monges de S. Dionisio, como dice el P. Orleans (lib. 2 de las Revoluciones de España, año de 1152), no pudo enviarle mas que el brazo derecho. Esto prueba que el cuerpo de S. Eugenio, arzobispo de Toledo, estaba todavia en el real monasterio de S. Dionisio en el siglo XII, y por consiguiente, que el trasladado á Broña en el siglo X por S. Gerardo fué de otro S. Eugenio muy distinto. Pero la prueba mas concluyente y en su género demostrativa es, que las dificultades que no pudo vencer Luis VII las venció Carlos IX en el siglo XVI, haciendo que los monges de S. Dionisio sacasen el cuerpo de S. Eugenio del mismo sitio donde el arzobispo D. Raymundo habia leído la inscripcion, y se le entregasen á D. Francisco Manrique de Lara, entonces canónigo de Toledo, y despues

religioso de la Compañía de Jesus, todo á instancia de la santa iglesia de Toledo, y por la real mediacion de Felipe II rey de España, cuya traslacion á la referida santa iglesia se hizo con la mas augusta majestuosa pompa que se vió jamás en esta monarquía, pues llevaban la sagrada urna sobre sus reales hombros el rey, el príncipe D. Carlos su hijo, y los archiduques de Austria sus sobrinos.

«De estos hechos, que son innegables en la historia eclesiástica de España y Francia, se infiere con evidencia que la reliquia de S. Eugenio mártir, que se venera en la iglesia del monasterio de Broña, hoy de S. Gerardo junto á Namur, no es ni puede ser de S. Eugenio, primer obispo de Toledo, como lo quiso Surio y lo copió el P. Rivadeneyra. Casi doscientos años despues que salió del monasterio de S. Dionisio aquella reliquia, en la espresion de Surio; ó aquel cuerpo, en la del P. Croisset, estaba todo el de S. Eugenio, primer arzobispo de Toledo, en la iglesia del mismo monasterio, como consta de la inscripcion que leyó en ella el arzobispo D. Raymundo con ocasion de asistir al concilio de Reims, que se celebró el año de 1119, treinta y tres años despues que se tuvo en España la primera noticia de este precioso tesoro que poseia el monasterio de S. Dionisio: es decir, en el año de 1152 se le ofreció generosamente el rey Luis á nuestro emperador D. Alfonso, suponiéndole en el mismo monasterio, aunque no ignoraba el rey la voz que andaba entre el vulgo de Francia (y no podia andar en otra parte) de que el cuerpo de S. Eugenio, arzobispo de Toledo, estaba en el monasterio de S. Gerardo de Namur. Finalmente, mas de cuatrocientos años despues fué auténtica y solemnemente entregado el santo cuerpo por el abad del monasterio de S. Dionisio á un canónigo de Toledo para ser colocado en aquella santa iglesia primada de las Españas. Así, pues, no se puede racionalmente sostener que el cuerpo de S. Eugenio que se venera en el monasterio de Broña, ó de S. Gerardo de Namur, sea el de nuestro primer obispo de Toledo, sino de algun otro de los catorce santos Eugenios mártires de que hace mencion el Martirologio romano.

«A esto se añade, que segun el sueño ó la revelacion del apóstol S. Pedro á S. Gerardo, el Eugenio con cuyas reliquias habia de enriquecer su nueva iglesia, habia sido discípulo del Apóstol; y S. Eugenio, primer obispo de Toledo, no fué discípulo de S. Pedro, sino de S. Dionisio Areopagita, como lo dice la Iglesia. Si S. Gerardo hubiera enriquecido su iglesia con las reliquias de éste, no se hubiera conformado con la revelacion.

«Finalmente, estando el cuerpo del grande S. Dionisio Areo-

pagita en el célebre y real monasterio que se honra con su nombre, á pesar de las dudas que han querido suscitar algunos sabios críticos de estos últimos tiempos, aun dentro de la misma Francia, atropellando por la antiquísima tradicion de mas de doce siglos, y por el unánime consentimiento de la Iglesia griega y latina, y habiendo sido S. Eugenio el principal discípulo de aquel insigne Santo, era consiguiente que despues del sagrado cuerpo de su santo patrono, ningun otro venerase ni apreciase mas aquel real monasterio que el de su amado discípulo. Siendo esto así, ni un hombre tan cuerdo y tan prudente como S. Gerardo tendria valor para pedirsele, ni es verisímil que aquella gravísima comunidad tuviese la condescendencia de concedérsele, especialmente que siendo fundacion real el monasterio y sepulcro de los reyes cristianísimos de Francia, era indispensable el consentimiento del rey para enajenarle.

«Añade mucha fuerza á esta reflexion lo que efectivamente sucedió con el mismo rey Luis VII; pues teniendo empeñada su real palabra con el rey de Castilla D. Alonso de que le enviaria el cuerpo de S. Eugenio, primer arzobispo de Toledo, halló tanta resistencia y tanto dolor en los monges, que hubo de ceder y desistir en parte de su intento, contentándose con enviar al rey de Castilla el brazo derecho del santo arzobispo. ¿Quién ha de creer que doscientos años antes consiguiese de aquella comunidad, con sola su elocuencia y representacion, un individuo de ella, lo que no pudo lograr despues con toda su autoridad y con todo su poder el empeño del monarca? Logrólo, en fin, el de Carlos IX y el de su madre la reina Catalina de Médicis, regenta del reino, por las críticas circunstancias en que este se hallaba, y precisaban á contemporizar, aun en pretensiones mas arduas, con el rey de España Felipe II.

«Parecióle al traductor que debia prevenir á los lectores con esta nota, mas prolija de lo que lleva de suyo el carácter de la obra; porque diciendo el P. Croisset por una parte que el cuerpo de S. Eugenio mártir está en el monasterio de Broña, hoy S. Gerardo de Namur; y asegurando por otra Rivadeneyra con Surio que la reliquia que se venera en el monasterio de Bronio (así le llama este autor) es de S. Eugenio, primer arzobispo de Toledo, no le tentase á algun crítico de los muchos que hoy se usan, á disputar á nuestra gran primada la posesion del verdadero cuerpo de su primer prelado y pastor; pues aunque ninguno tendrá osadia para negar la majestuosa y verdaderamente augusta traslacion que se celebró en tiempo de Felipe II, puede en alguno llegar el arrojo á querer componerlo todo con

decir, que la Francia nos embocó el cuerpo de un otro cualquiera S. Eugenio por el del primer arzobispo de Toledo. A la verdad la arrogancia seria temeraria; ¿pero será por eso sin ejemplo?»

SAN CÁNDIDO, MÁRTIR.

EN este dia hace conmemoracion el Martirologio romano de san Cándido, de quien no nos dicen los escritores de sus actas otra cosa, que el que padeció martirio en Roma, sin señalarnos la época; pero si se atiende á la deposicion de su cuerpo en el cementerio de Urso Piloso, sito en el camino Portuense, cuya construccion nos dan anterior al siglo III los escritores de aquellos piadosos monumentos, debemos inferir el tiempo de su pasion no antes del siglo III, ni despues del IV. El motivo de la memoria de este mártir de Jesucristo en España es el de la traslacion de sus reliquias al reino, concedidas, con otras de varios Santos, por el papa Urbano VIII á Fr. Juan de la Anunciacion, trinitario descalzo, para que enriqueciese con ellas los monasterios de su orden; á cuyo fin las dió éste á Fr. Diego de Jesus, ministro general del mismo orden, para que las distribuyese, quien en el reparto dió las de S. Cándido al convento de la Solana en la Mancha, donde se le tributan el culto y veneracion correspondiente.

La misa es en honor de S. Gerardo, y la oracion la que sigue:

Suplicámoste, Señor, que la para que consigamos con su proteccion del bienaventurado intercesion lo que no podemos con teccion lo que no podemos con abad S. Gerardo nos haga gratos á vuestra divina Majestad, nuestros merecimientos. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 45 del Eclesiástico.

Fué amado de Dios y de los órdenes delante de su pueblo; hombres, y su memoria es en y le manifestó su gloria. Le bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, presencia de los reyes; le dió sus y la ley de vida y de ciencia.

REFLEXIONES.

El Señor le hizo santo por su fe y por su mansedumbre. La fe arregla el espíritu y el corazón de los santos; la mansedumbre gobierna su conducta. La severidad seca y amarga nunca fué efecto del cristiano y verdadero zelo: por lo común lo es de un orgullo disfrazado, que se pone aquella máscara de religión para satisfacerse á sí mismo á costa de la simplicidad y aun de la buena fe de los sencillos. Con esto daba en cara Jesucristo á los hipócritas y soberbios fariseos, que ostentaban grande severidad con los otros, echándolos á cuestras cargas insoportables, mientras ellos en secreto se dispensaban en las mas ligeras observancias de la ley. Este es también el artificio natural de todos los herejes; ninguno hay que no esté continuamente predicando reforma, y que no grite contra la relajación. A la verdad, á todos engaña cierto airecillo de severidad; el pecador conoce que tiene necesidad de penitencia, y el que está verdaderamente arrepen- tido no gusta de ser adulado. Es una casta de enfermos, que conociendo su peligro, estiman al médico aunque los receta remedios dolorosos y violentos. También son menester alguna vez para las enfermedades del alma; pero es contra el espíritu del Salvador el pretender curarlas todas con fuego, con vino y con vinagre. El caritativo Samaritano mezcló y confectionó el vino con óleo. Es grosero error confundir siempre la dulzura con la relajación: ésta tira á debilitar y á eludir la ley de Jesucristo; aquélla á solicitar su observancia con amor, haciéndola menos dura. En todas partes condena el Salvador la relajación de la doctrina; pero en todas recomienda la suavidad y la mansedumbre: *Discite à me, quia mitis sum.* No hubo santo que no fuese riguroso y severo consigo mismo: este es el precepto espresso, aborrecerse á sí propio: *Adhuc et animam suam.* Nada se ha de perdonar uno á sí mismo. En nosotros tenemos todos materia y sugeto muy á propósito para ejercitar la severidad evangélica. De esto nos dió continuas y admirables lecciones Jesucristo, así con sus palabras como con sus ejemplos. Ayunemos; pero sin aliviar, y aun casi estenuar nuestros ayunos con cien invenciones que la delicadeza, al amor propio y la sensualidad, fecunda en espedientes, nos sugieren como necesarias, siendo en realidad meros refinamientos de la gula y del regalo. Mortifiquemos nuestra carne, y mortifiquémosla sin misericordia, y sin el vano temor de que nos inutilizaremos; impongámonos penitencias proporcionadas y saludables; cuando trabajamos en

nuestro propio terreno, no hay que temer tanto algún esceso. Pero atemperémonos con prudencia á la flaqueza de los otros. El óleo con el vino es excelente remedio para las llagas; el vino solo las irrita, pero no las cura. Los amos duros, severos, sin compasión; los tonos altaneros y dominantes; los modales imperiosos y desabridos; el gesto ceñudo y enfadoso, con ciertos ímpetus de ira ó de impaciencia, los hacen muy aborrecibles, pero poco respetables. La escesa severidad causa el sufrimiento, enajena el ánimo y encona el corazón. Siempre es eficaz la dulzura y la mansedumbre de Jesucristo.

El Evangelio es del cap. 19 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesús: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibiremos? Pero Jesús les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

Sobre el mal humor.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el mal humor es, por decirlo así, el enemigo doméstico de la tranquilidad del hombre, y aun se le pudiera llamar su casero tirano. Causa turbación en el espíritu, escita tempestades en el corazón, y hace que domine en el alma el enfado, el desabrimiento, la cólera y el furor. Aunque no siempre sea violento, no por eso es menos maligno, y su ordinario oficio es ser verdugo del corazón humano. ¡Qué amargura no derrama aun en el genio mas apacible! Oscurece los días mas claros, turba los mas serenos, destierra la urbanidad, la buena crianza, la virtud y hasta la misma razón. Es una enfermedad que crece con los años, y á poco que se avance la edad se hace incurable. Si el mal humor solo derramara su hiel y su acedia en el terreno donde nace, solo perjudicaria á su propio dueño; pero estiendo su malignidad á todos los que están cerca de él. Si se halla en un superior ó en un padre de familias, mor-